

Nuevas interpretaciones sobre el monumento ibérico de La Vispesa (Tamarite de Litera, Huesca)

Ignasi GARCÉS ESTALLO

Los relieves en piedra hallados en La Vispesa, ahora expuestos en el Museo de Huesca, constituyen el documento icónico más impresionante de la sociedad y la ideología de los antiguos ilergetes. Lamentablemente, las circunstancias que rodearon su desafortunado hallazgo comportaron una pérdida notable de la extensión original, pudiendo afirmarse que la porción hoy conservada no es más que una pequeña parte de aquélla. Sin embargo, ese suceso no debiera ser excusa para su olvido en los actuales foros de debate. No deja de ser preocupante, desde un punto de vista científico, que la cultura ibérica de las tierras oscenses se vea relegada a un injusto papel marginal. Sirva como ejemplo la no muy lejana exposición *Los Iberos, príncipes de Occidente*, en donde sólo apareció representada por un emblemático denario de *Bolskan*¹.

En este trabajo aportamos algunas propuestas tendentes a modificar la percepción, la cronología y el sentido general hasta ahora consensuados sobre el monumento, y los acompañamos de nuevas ilustraciones que recogen la distinción entre la parte original y la restauración efectuada². El presente congreso, en solar aragonés, nos parece el marco adecuado para plantear todas estas cuestiones. Pero, antes de exponer nuestras observaciones, queremos dejar constancia de que tomamos como base las excelentes descripciones realizadas hace veinticinco años³, hecho que

1. AA.VV., *Los iberos, príncipes de occidente*, Barcelona, Fund. La Caixa, 1998, p. 285, n. 162.
2. Agradecemos a Vicente Baldellou, director del Museo de Huesca, las atenciones y medios prestados para realizar el estudio. Los dibujos son obra de Ramón Álvarez Arza, pero las opiniones contenidas en el texto son responsabilidad del autor. Nuestro agradecimiento al Sr. Álvarez por su diligencia y por haber compartido la autopsia detallada de los relieves, y a Marta García Morcillo por su inestimable ayuda en la consulta de publicaciones alemanas.
3. MARCO, F. y BALDELLOU, V., «El monumento ibérico de Binéfar (Huesca)», *Pyrenae*, 12, Barcelona, 1976, pp. 91-115.

nos exime de volver a reproducir aquí todos los detalles puntuales e, incluso, de buena parte de las interpretaciones ya vertidas. Por consiguiente sólo nos referiremos a lo que consideramos debe actualizarse y, por omisión, entiéndase nuestra aceptación al resto de aspectos que, como se verá, son muchos⁴.

El descubrimiento y el estudio de los relieves e inscripciones

La Vispesa constituye una pequeña elevación de 304 m.s.n.m. y de unos 20 m sobre los campos circundantes, muy llanos, por lo que su dominio visual es amplio. Pertenece al término municipal de Tamarite de Litera, aunque debido a hallarse en un extremo del mismo y a tan sólo unos tres kilómetros al sudeste del núcleo urbano de Binéfar, que se divisa en el horizonte, viene considerándose más vinculada a esta última población. Por ello en la bibliografía ha hecho fortuna el sinónimo de «Monumento ibérico de Binéfar».

El monumento se halló en la parte baja del montículo, en forma de una gran piedra paralelepípeda grabada que medía unos 2 x 1 x 0,5 m y fue intencionadamente partido en trozos para calzar una canalización de riego. Tan desgraciado suceso debe fecharse hacia 1964 o, como mucho, 1965. Desde un punto de vista patrimonial las pérdidas son irreparables y han privado a la ciencia de una parte importante del conocimiento sobre los pobladores prerromanos de La Litera.

Durante el año 1968 Rosa Donoso, entonces directora del Museo de Huesca, tuvo conocimiento del hecho y, al parecer, procedió a levantar la citada canalización, recuperando algunos fragmentos que ingresaron en dicha institución. También se efectuaron sondeos en el propio cerro, nunca publicados. Ese mismo año se dio la primera noticia científica de la existencia del monumento, a cargo de don Antonio Beltrán, precisamente en una reunión antecesora de la que hoy nos ocupa⁵. En la comunicación se incluye la única fotografía publicada con anterioridad a la restauración de 1975, que permite apreciar con claridad la magnitud del estropicio⁶. El trabajo, pese a su brevedad, comportó una primera orientación del monumento, una cronología y una interpretación general basadas en la lectura de la inscripción. Los presupuestos allí apuntados estaban llamados a influir entre los estudios posteriores. La nota incluye también el fragmento decorado con caballos.

Posteriormente, el restaurador don Facundo Roca pudo recuperar en superficie algunos fragmentos más, que poco aportaban al caso. El artículo que en 1976 Francisco Marco y Vicente Baldellou dedicaron a la porción de las manos cortadas es fundamental por muchos motivos. En primer lugar, aparece el monumento ya

4. Reconocemos la favorable acogida que recibieron nuestras propuestas durante la sesión correspondiente del XXVI CNA por parte del Dr. Francisco Marco y de Vicente Baldellou, autores del primer estudio de los relieves, así como de los Drs. Francisco Burillo y Miguel Beltrán Lloris, especialistas en el tema.

5. BELTRÁN, A., «La inscripción ibérica de Binéfar en el Museo de Huesca», *XI Congreso Nacional de Arqueología*, Mérida, 1968, Zaragoza, 1970, pp. 518-522.

6. BELTRÁN, A., «La inscripción ibérica de Binéfar...», 1970, *op. cit.*, fig. 2.

restaurado⁷: el proceso ha permitido ensamblar algunos pedazos guardados en cajas que añaden, en el aspecto icónico, un cuerpo humano seccionado junto a un ave que le devora una extremidad y, en el terreno epigráfico, dos nuevas letras ibéricas al registro central. En segundo término, el fragmento menor con temática equina es descartado. Gran mérito del trabajo fue proceder a una descripción exhaustiva, e intentar contextualizar el hallazgo mediante la publicación de cerámicas halladas en superficie.

Desde ese momento puede darse por cerrado el estudio arqueológico del monumento y considerarse las publicaciones posteriores recopilaciones de las interpretaciones asumidas⁸ o trabajos de carácter divulgativo⁹. La atención se desplaza al inexplorado yacimiento, primero por la propuesta de su identificación con la antigua *Mendiculeia*¹⁰, como ya propusiese en el siglo XIX Eduardo Saavedra¹¹, y por la recuperación de manuscritos de Benito Coll quien, al parecer, había efectuado tempranas excavaciones en el entonces denominado «Tozal de la Cisterna», debido a ser visible una construcción de este tipo en la cima, realizada con sillares bien labrados, y con el resultado de hallar un mosaico en *opus signinum*, además de un ánfora romana completa¹². No obstante, el religioso Eduard Llanas, después de identificar algunos restos de la vía romana a unos 10 km en dirección a *Ilerda*, consideró un trazado más recto hasta Esplús, alejándose de Binéfar, por lo que propuso la existencia de una *villa* romana para el Tozal de La Campana y desplazó *Mendiculeia* a Monte Las Pueblas¹³.

Una nueva etapa se abrió en el yacimiento en septiembre de 1984 con el comienzo de las primeras excavaciones científicas regulares por parte de un equipo del Colegio Universitario de Huesca, dirigidas por Almudena Domínguez y Elena M.ª Maestro. Han conducido a descubrir y consolidar algunos imponentes restos constructivos hallados y a su publicación científica, confirmando una cronología de los siglos II a. C. al II d. C. y aportando datos sobre los que no creemos necesario

7. MARCO, F. y BALDELLOU, V., «El monumento ibérico de Binéfar...», 1976, lám. II.
8. BIARGE, A., 1976, «En el umbral de la Historia», *Alto Aragón, su Historia, Cultura y Arte*, I, Sevilla, pp. 49-50; BELTRÁN MARTÍNEZ, A., *De Arqueología Aragonesa-I*, Zaragoza, Herald de Aragón, 1978, pp. 165-167; VICENTE REDÓN, J., «Cerámicas varias: escultura ibérica», *APAA-I (Atlas de Prehistoria y Arqueología Aragonesas-I)*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1980, p. 136; BELTRÁN LLORIS, M., «Monumentos funerarios ibéricos», *APAA-I*, 1980, p. 74; Id., «Epigrafía ibérica», *APAA-I*, p. 86.
9. DOMÍNGUEZ, A. y MAGALLÓN, M. A., *La arqueología de la provincia de Huesca*, Guías arqueológicas de Aragón, 1, Zaragoza, Diputación General de Aragón, 1985, pp. 33-34; BELTRÁN LLORIS, M., *Los iberos en Aragón*, Col. Mariano de Pano y Ruata, 11, Zaragoza, Caja de Ahorros de la Inmaculada, 1996. Un detalle de las manos constituye la imagen de portada del libro y en la p. 179 se recrea una reconstrucción en perspectiva.
10. Sólo conocida por una cita: *It. Ant.* 452, 1.
11. La identificación del Tozal de la Campana con la antigua *Mendiculeia* en SAAVEDRA, E., 2.ª ed., *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública de D. E. Saavedra*, 1862, Madrid, Real Academia de la Historia, 1914.
12. DOMÍNGUEZ, A.; MAGALLÓN, M. A. y CASADO, M. P., *Carta arqueológica de España. Huesca*, Huesca, Diputación Provincial, 1983, pp. 150-153. Esta obra recoge la reconstrucción de F. Marco y V. Baldellou, pero mantiene la inscripción ibérica de A. Beltrán.
13. LLANAS, E., «Excursió col·lectiva al pla comprés entre lo Segre y lo Cinca», *Butlletí de la Associació d'Excursions Catalana*, 124-126, Barcelona, 1889, pp. 2-30, en especial pp. 14 y 23-25.

extendernos¹⁴. Posteriormente se han realizado excavaciones y prospecciones por parte del mismo equipo entre 1984 y 1992¹⁵.

Las inscripciones han sido convenientemente actualizadas por Jürgen Untermann, quien las ha incluido en sus *Monumenta* con los números D.12.1 para el relieve de las manos y D.12.2 para el de los caballos¹⁶. El investigador alemán disponía ya de D.12.1 restaurada, pero las fotografías y calcos que reproduce para D.12.2 son anteriores a ese proceso. Como se verá, ello puede alterar la comprensión de algún signo. En 1997 Jesús Rodríguez Ramos retomaba la vieja propuesta de Juan Maluquer de Motes consistente en intentar datar mediante los signos ibéricos¹⁷, llegando a observaciones sorprendentes: la inscripción de Binéfar constituía un cúmulo de excepciones paleográficas en el caso de mantenerse la cronología «baja», que quedaban solventadas de datarse a inicios o primera mitad del siglo II a. C.¹⁸.

Primera propuesta: la orientación

Relieve n.º 1: grupo de las manos cortadas (D.12.1)

Consta de unos diez trozos unidos de piedra arenisca clara. En el estado actual de conservación la cara principal mide 1,40 x 0,38 m; la cara lateral tiene un ancho de 0,44 m (dato que la aproxima a la observación estimada que se indicó en el momento de su descubrimiento); la cara posterior, que no conserva decoración, excepto molduras, mide 0,83 x 0,23 m.

Nuestra propuesta consiste en orientarla dándole una vuelta de 180° (ver fig. 1), al revés de como ha venido interpretándose en la bibliografía¹⁹ y de como está puesta en la actualidad en el Museo.

Esta hipótesis se sustenta en cuatro observaciones derivadas de otros tantos elementos que, a su vez, resultan más comprensibles en caso de producirse dicho giro. Y no percibimos ninguna objeción para que, en sentido contrario, resulte perjudicada con el cambio. Los cuatro elementos son: las manos cortadas de las caras fron-

14. DOMÍNGUEZ, A. y MAESTRO, E. M., «Contribución al estudio de la romanización de la Litera: el yacimiento de La Vispesa (Tamarite de Litera)», *Bolskan*, 3, Huesca, 1987, pp. 135-167.
15. DOMÍNGUEZ, A. y MAESTRO, E. M., *La Vispesa, foco de romanización de la Ilergercia occidental*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses y Ayuntamiento de Binéfar, 1994.
16. UNTERMANN, J., *Monumenta Linguarum Hispanicarum, III. Die iberischen Inschriften aus Spanien*, Wiesbaden (en adelante *MLH III*). El léxico se encuentra comentado en SILES, J., 1985, *Léxico de las inscripciones ibéricas*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1990, n. 905, 1178 y 1244 para D.12.1; n. 463 para D.12.2.
17. MALUQUER DE MOTES, J., *Epigrafía prelatina de la península ibérica*, Publicaciones Eventuales, 12, Universidad de Barcelona, 1968.
18. RODRÍGUEZ RAMOS, J., «Primeras observaciones para una datación paleográfica de la escritura ibérica», *Archivo Español de Arqueología*, 70, Madrid, 1997, pp. 13-30; en especial pp. 16 y 18.
19. Hay una excepción: el librito divulgativo BURILLO, F., *Los iberos en Aragón*, Zaragoza, Caja de Ahorros de la Inmaculada, 2000. En la p. 83 aparece en la orientación que proponemos, aunque en imagen invertida. F. Burillo, con su modestia habitual, me comunica que el mérito de esa propuesta le corresponde al Dr. Álvaro Capalvo, responsable de la parte gráfica de la obra. Nuestra adhesión a Á. Capalvo y nuestro agradecimiento a F. Burillo.

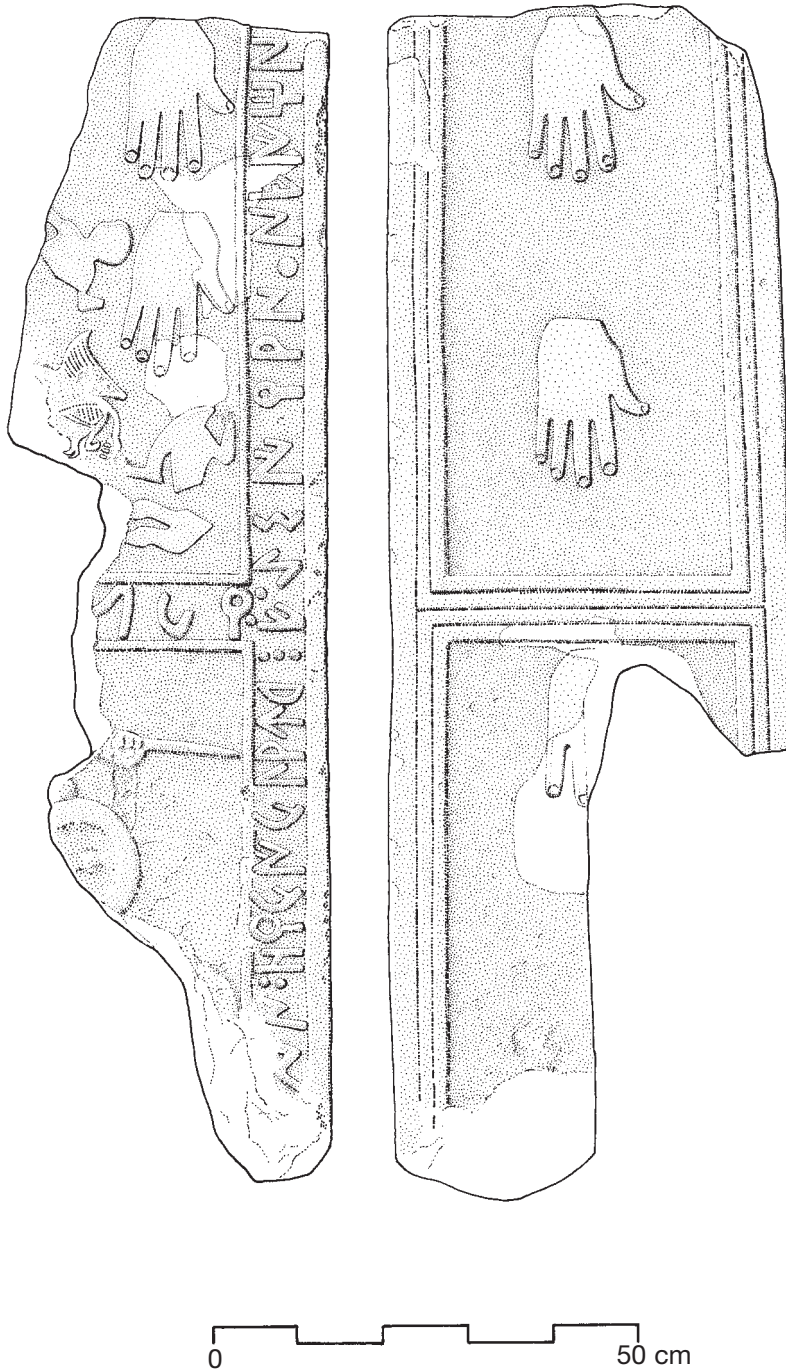


FIG. 1. Vistas frontal y lateral del relieve n.º 1 (dibujo de Ramón Álvarez).

tal y lateral, la posición del ave rapaz, que pasa a tener el ala levantada y no colgando como se creía, la inscripción central de la cara frontal, que deja de ser levógiro y pasa a tener una orientación normal y, en último lugar, la figura del registro ahora inferior, que interpretamos como el extremo superior de un guerrero (fig. 1). Ninguna observación es en sí concluyente, pero todas juntas parecen poseer más lógica. Las dos primeras son razonables; la tercera parece evidente en un documento epigráfico planificado y ejecutado con gran esfuerzo; la última, aunque se basa en la reconstrucción de un original muy deteriorado, es quizás el argumento más sólido y la única salida posible para entender la escena. A continuación describimos cada una de estas cuatro observaciones.

1) Las manos. Se conservan cinco: tres en la cara lateral, que constituyen, al parecer, el único motivo decorativo —y donde tal vez había hasta seis, separadas en dos registros de tres—, y dos en el espacio superior de la cara frontal como elemento de enmarque de la escena principal, por lo que es imposible predecir cuántas había aquí. Son todas manos diestras, de medidas muy similares, pues oscilan entre los 19,5 y los 19 cm de largo por 13 ó 13,5 cm de ancho. La disposición general de los dedos y contornos también se resuelve de manera afín y las uñas están marcadas con gran realismo, mediante el procedimiento de rebajar más su arranque que el extremo exterior de las mismas. La orientación de las manos cortadas, colgando con los dedos hacia abajo, más propia de un entorno de cuerpos mutilados que en una actitud de saludo con los dedos hacia arriba, es la seguida en la estela funeraria ibérica de El Palao (Alcañiz)²⁰. Sobre el simbolismo cultural de las manos cortadas, remitimos a la publicación original, donde el tema es magníficamente abordado²¹.

2) El animal devorador. En la orientación propuesta aparece en disposición más natural: un ave de gran envergadura y largo cuello, con un ala levantada y la otra pegada al cuerpo, ambas marcadas por finas incisiones. El animal está dotado de potentes garras, una mantiene el equilibrio y la otra sujeta la presa para proceder, mediante picotazos, al desgarrar de los tejidos. Es una lástima que el extremo de la cabeza y la unión con el brazo humano se hallen tan deteriorados. Desde el primer trabajo se ha venido considerando un grifo²² debido a la disposición tubular del cuello, atribución unánimemente aceptada en la bibliografía. En nuestra opinión bien pudiera tratarse de un buitre, captado con gran realismo y resuelto con mucha mejor traza que los tres ejemplares incisos de la mencionada estela de El Palao. Estos animales, al carecer de dientes, cuando estiran los miembros, suelen vacilar en su equilibrio, aspecto que resuelven elevando las alas a modo de balancín, como aquí parece reflejarse, y poseen largos cuellos y potentes garras. Buitre y grifo comparten el simbolismo psicopompo, transportador al más allá de las almas de los guerreros muertos²³. El grifo es un monstruo equiparable por sus funciones al buitre; el hecho clave del rito de la exposición radica en que el buitre sólo se ali-

20. MARCO, F., «Nuevas estelas ibéricas de Alcañiz (Teruel)», *Pyrenae*, 12, Barcelona, 1976, pp. 73-90; en especial pp. 76-77 y lám. II, 1.

21. MARCO, F. y BALDELLOU, V., «El monumento ibérico de Binéfar...», 1976, pp. 110-113.

22. MARCO, F. y BALDELLOU, V., «El monumento ibérico de Binéfar...», 1976, pp. 113-114.

23. MARCO, F. y BALDELLOU, V., «El monumento ibérico de Binéfar...», 1976, pp. 114-115.

menta del caído en combate²⁴ y el grifo puede ser un elemento simbólico protector de tumbas.

3) La inscripción central. Fue el primer elemento que nos llevó a dudar de la orientación convencional. Las tres letras conservadas:]'ske'r. corresponden a un final de palabra, que al girar el monumento se leen en posición natural. En las fases iniciales de algunas culturas epigráficas no es extraño que la inscripción se disponga en espiral, comenzando por un extremo y prosiguiendo hacia el centro. De esta forma, algunas partes de la misma quedan así, inevitablemente, de cabeza para abajo. Este fenómeno es visible en las estelas del sudoeste peninsular y, sin pretender ser exhaustivos, se aprecia con claridad en las estelas portuguesas de Fonte Velha (Bensafrim, Lagos) y Ourique²⁵. Sin embargo, hay que matizar que se trata de inscripciones incisas, ejecutadas sin la seguridad técnica de La Vispesa. Aquí el lapicida —o, con más propiedad, escultor— trazó con firmeza unas letras de 6 a 6,5 cm de alto, que pacientemente fue dejando en relieve. Parece muy extraño, con semejante esfuerzo y en tales circunstancias, ejecutarlas de cabeza para abajo.

De aceptarse nuestra propuesta, la inscripción larga queda ahora a la derecha de la cara frontal y debe leerse de abajo a arriba, no como hasta ahora de arriba a abajo. En el estado actual de conservación del monumento es imposible saber si la inscripción era simétrica y si ocupaba también el margen izquierdo, caso probable; tampoco es fácil determinar si formaba una «hache» o si proseguía por alguno de los márgenes superior o inferior. Mucho más difícil es orientar el sentido de la lectura, a pesar de que las palabras aparezcan separadas por uno, dos o tres puntos. Siempre se ha leído de un tirón el lado vertical y se ha considerando separado el tramo horizontal, debido, entre otras cosas, a su gran deterioro. La realidad es que justo en el punto de unión de ambos renglones converge una separación de palabras, el único caso conservado con tres puntos en el tramo vertical. Nada impide considerar que el fragmentado texto central continuase por el margen superior derecho, mientras que el margen inferior corresponda a otra parte del discurso, iniciado en un punto que se ignora. En cualquier caso la cuestión no parece fácil de resolver. Hay, por consiguiente, dos posibilidades de lectura:

A) Solución propuesta por Untermann²⁶:

(a)]tan.ó'rkeikelaur.ekisiran.neitin[

(b)]'ske'r.

B) Alternativa que en ningún caso consideramos definitiva, y que conduciría a leer:

(a)]tan.ó'rkeikelaur.

(b)]'ske'r.ekisiran.neitin[

24. SOPENA, G., *Dioses, ética y ritos. Aproximaciones para una comprensión de la religiosidad entre los pueblos celtibéricos*, Zaragoza, 1987, pp. 119-120.

25. MALUQUER DE MOTES, J., *Epigrafía prelatina...*, 1968, Fonte Velha: n. 305 y lám. XVIII; Ourique: n. 314 y lám. XVII.

26. *MLH III*, p. 175.

4) El fragmento conservado del registro inferior. Se trata de un sector del monumento muy deteriorado. Desde un principio se observó una figura circular que, pese a su erosión, alcanzaría en sus bordes un relieve ligeramente más alto que el resto de los motivos, para proseguir con una suave depresión en el centro. Tradicionalmente se ha considerado un escudo circular, una *caetra*. En la nueva posición aparece por la parte superior una lanza de la que también sobresale el relieve del elemento central, que no parece ser otro que una mano que la sujeta. En la reconstrucción tradicional no tenía ningún sentido todo ello. Durante la inspección ocular que realizamos en el Museo de Huesca nos pareció ver el negativo de un brazo, cuyo relieve ha desaparecido pero que ha dejado una tenue marca que permite seguir su contorno entre la superficie alisada, en particular en la zona de unión con el escudo. Hemos sugerido al Sr. Ramón Álvarez que acentuara intencionadamente ese detalle. Lo mismo hemos realizado con un pequeño muñón que sobresale del escudo por la parte superior, justo en el punto de rotura. La interpretación parece ahora más clara: puede corresponder a una cabeza y estaríamos delante de un guerrero armado con escudo redondo que blande una lanza —¿con el brazo derecho?— por encima de la cabeza no conservada y que miraría a la izquierda, al centro de la escena.

Hasta aquí la parte que damos como probable, pero hay otro elemento más difícilmente asegurable. En el extremo inferior de rotura, aproximadamente a la altura de los dos puntos que separan las palabras inferiores del registro vertical, parece apreciarse otro muñón. Por su posición bien podría tratarse del extremo de la cola de un caballo, dispuesta muy cerca del festón del límite. Que las figuras ocupan en ocasiones el campo icónico dispuestas casi a tocar el margen del mismo es demostrable por los dos dedos pulgares de las manos superiores, por un brazo del cuerpo troceado y por el regatón de la lanza del propio guerrero. Pero la interpretación del muñón es sumamente arriesgada, pudiendo corresponder a cualquier elemento. Y, sin embargo, el combate desde el caballo no sería nada extraño; por el contrario, sería muy apropiado para la exaltación militar que transmite todo el monumento; además, se dispone del espacio posible para ello, que contaría con paralelos en la tan citada estela de El Palao.

Expuestas nuestras observaciones, el monumento aparece ahora en una posición inédita, y con una temática que obtiene algo más de coherencia. Por ello queremos añadir cuatro observaciones menores.

En primer lugar hay una evidente exaltación de las manos cortadas o manos trofeo de los enemigos muertos. Junto a ella se ha sugerido la posibilidad de las cabezas cortadas²⁷. Este extremo, aunque no imposible, debe reconocerse que no cuenta con un soporte tan evidente. La discusión procede del cuerpo humano seccionado y en parte devorado por el animal carroñero; la figura, ciertamente, carece de cabeza. No obstante, este sector coincide con una de las mayores roturas del monumento, que también se lleva por delante el extremo final de los dedos índice y corazón de la mano situada inmediatamente encima (fig. 1). La parte posterior del cuerpo humano posee el arranque del cuello y, en nuestra opinión no se puede concluir si fue representada decapitada o si ello se produjo durante la destrucción moderna. El cuerpo yacente a la derecha de la mano exenta ha sido trazado con el

27. MARCO, F. y BALDELLOU, V., «El monumento ibérico de Binéfar...», 1976, p. 112.

correspondiente extremo amputado, pero conserva la cabeza, casi a tocar de la mano exenta. El registro inferior disponía del espacio justo para albergar una cabeza, si se apura, hasta casi tocar los dedos de la mano. No podemos decantarnos por un extremo u otro.

En segundo lugar, resaltamos el fuerte sentido compositivo del monumento. La cara lateral es muy elocuente, hay una simetría y disposición calculada en la plasmación de las manos. Esa misma idea se aplica a la cara frontal: cada elemento ocupa un lugar determinado, y el cuerpo seccionado es utilizado como un ingenioso recurso visual para facilitar la progresión de la escena en su esquina: la mitad inferior corresponde a la visión horizontal, mientras la porción superior conduce a elevar la vista, para captar el animal carroñero, transportador de las almas y, ya más arriba, se nos da cuenta del número de manos capturadas, dos o quizás más. No sería extraño que al giro de la escena siguiese el giro del campo epigráfico que hemos considerado de forma alternativa, aunque no concluyente, y donde el registro central rompería la unidad del discurso vertical, dispuesto en este sentido por motivos compositivos generales mejor que por una necesidad imperiosa de la lectura. Es posible que el centro de la escena superior fuera el resultado de un combate: el campo con los guerreros muertos. En la estela de El Palao también forman el centro iconográfico, pero allí con un solo difunto, no como aquí. Mientras, el registro inferior podría ser la plasmación del propio combate. Hay un sentido visual que se complementa con la lectura desplazada al margen de las escenas. Por ello el monumento se percibe en sentido ascendente y no se lee, como las estelas epigráficas ibéricas o romanas, en orden descendente. Comenzado por la parte inferior se nos daría cuenta del combate y, ya más arriba, de su resultado. En esta conjetura tomaría sentido que la inscripción inferior se detuviese justo en el centro.

La disposición es afín a las estelas de El Palao y a la de Palermo (Caspé)²⁸, ambas carecen de inscripción, contienen varios registros, profusión de orlas y lanzas en la parte inferior²⁹, justo al contrario que las estelas epigráficas, que albergan esos motivos en la parte superior o indistintamente. La contemplación de estelas sólo decoradas pasa por elevar la vista, desde temas repetitivos a la escena principal: un combate o un jinete armado, según el caso. La Vispesa, con una mayor complejidad, parece reunir de forma separada ambos temas, mientras que en El Palao predomina una circularidad de los elementos, que simplifica tanto los detalles del combate como de su final, con jinete victorioso, enemigo caído, mano cortada y animales carroñeros incluidos, todo dispuesto de una forma rudimentaria, en consonancia con una técnica —la incisión— más sencilla. En La Vispesa no sólo se ha dado un salto adelante, mediante el pase al bajorrelieve, también, o quizás debido al empleo del nuevo recurso, se ha previsto un orden para cada cosa. Las orlas se han substituido por letras en relieve y se ha separado el combate o la parada del campo de batalla.

28. MARCO, F., *Las estelas decoradas de los conventos caesaraugustano y cluniense*, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 1978, fig. 33.

29. MARCO, F., «Nuevas estelas ibéricas...», 1976, p. 80: recoge la posibilidad de reunir los frags. 1 y 4 en una única estela.

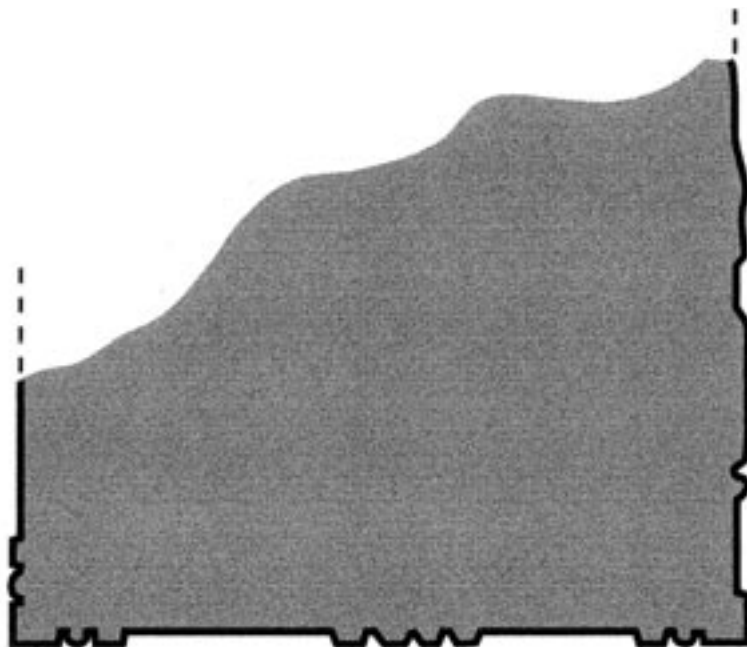


FIG. 2. Sección aproximativa del relieve n.º 1; a la derecha la cara frontal (dibujo de Ramón Álvarez).

Conectada con la idea anterior debe exponerse otra observación: las figuras se disponen lo más juntas posibles: las manos y la lanza casi tocan el marco, el cuerpo mutilado se ubica a tocar la mano y el buitre o grifo come en un brazo. Pero no por ello se observa el *horror vacui* que acompaña a muchas representaciones cerámicas, si se entiende por este concepto rellenar la escena con elementos superfluos en los intersticios. Esta observación puede extenderse al resto de estelas figuradas. La cara central no permite apreciarlo bien, pero el fragmento de los caballos, que a continuación comentaremos, representa una escena dejando amplios espacios libres entre los équidos.

La última observación procede de la cara lateral. Cabe preguntarnos por qué el enmarque contiene tantas molduras. En nuestra opinión, se intentó conseguir un vistoso efecto, en parte fallido quizás por impericia, y en parte poco apreciable por la erosión actual: la moldura de enmarque central es algo redondeada, pero sin llegar a la calidad de la que separa las escenas de la cara frontal. De esta forma tendríamos el marco exterior plano, la moldura central redondeada y la interior nuevamente plana³⁰. En la sección (fig. 2), que pasaría a la altura de los dedos de una de las manos laterales y del cuerpo que estaría siendo devorado en la otra, se ha acentuado intencionadamente ese detalle para que se pueda apreciar en toda su dimensión.

30. MARCO, F. y BALDELLOU, V., «El monumento ibérico de Binéfar...», 1976. En la p. 102: se propone una doble moldura lisa.

Relieve n.º 2: grupo de los caballos (D.12.2)

Tres fragmentos mayores unidos, de arenisca algo más oscura que los del n.º 1. Mide unos 0,8 m de alto, pero sólo conserva decoración en 0,69 m de alto y 0,44 m de ancho. El grueso conservado es muy irregular: entre 0,10 y 0,18 m (fig. 3)³¹.

No es fácil saber si esta pieza corresponde a la parte posterior del mismo monumento. La coloración de la piedra, algo más oscura, parece indicar que no, pero este efecto puede deberse a muchos factores. V. Baldellou nos comentó que el hallazgo original contenía un único bloque y bien pudiera corresponder a la cara posterior. Por nuestra parte sólo queremos hacer notar el festón redondeado del extremo inferior, muy parecido al que enmarca los temas de la cara frontal. La presentación actual de la pieza, junto a una pared del Museo, nos impide realizar la correspondiente sección, aunque advertimos que ésta poco aportaría al caso, al tratarse de un contorno roto con gran irregularidad, al igual que el extremo superior de la cara frontal, que ha perdido todo relieve.

La escena contiene dos caballos al paso, con detalles de las correspondientes bridas, cuyos extremos sobrepasan un objeto vertical terminado en punta y con inscripción incisa. Sendos équidos están resueltos, como en su momento se indicó para las manos, siguiendo un mismo patrón: las patas del costado izquierdo poseen menos relieve para dar sensación de profundidad, la cola aparece separada y se marcan las pezuñas mediante recortes. Detalles como ojos y boca se resuelven con hendiduras, y la incisión ayuda a destacar crines y contornos de la cabeza. El bocado ha sido realizado con detalle, sin disponer de discos ni otros elementos decorativos en el cabezal. De la brida surge una correa de unión curvada que corta, mediante profunda incisión, el elemento vertical, dando la sensación de pasar por encima, y prosigue en el otro extremo en otros dos caballos afrontados³²; de ellos es perfectamente visible el arranque de la cabeza del animal inferior, muy afectado por la erosión, en particular en el bocado.

Obsérvese como la pata anterior derecha del caballo inferior casi toca el contorno, al igual que el indescifrable elemento vertical terminado en punta. Este objeto puede tratarse del extremo aguzado de una espada recta, de un estandarte o del vástago —¿del tiro de un carro?— que, aunque desproporcionado en tamaño, recogería la idea de la victoria y, quizás, de unos caballos capturados al enemigo. Como ha señalado Javier de Hoz, la epigrafía producida por los iberos sobre armas, a pesar de su fama de belicosos, se reduce a una falcata de procedencia desconocida y a un casco con inscripción meridional hallado en Pozo Moro³³.

La temática de los caballos afrontados no es desconocida en el mundo ibérico, por ejemplo en el relieve de Villaricos (Almería) aparecen con tratamiento muy afín a La Vispesa. Pero en esa obra meridional, para la que se ha propuesto una cronología de los siglos III-II a. C., preside la escena un personaje bifronte sentado sobre

31. Una excelente fotografía del relieve ya restaurado en BELTRÁN LLORIS, M., *Los iberos en Aragón...*, 1996, p. 179.

32. Untermann creyó reconocer un hombre de pie a la derecha del travesaño, *MLH III*, p. 177.

33. HOZ, J. de, «Escrituras en contacto: ibérica y latina», *Roma y el nacimiento de la cultura epigráfica en Occidente*, 1992, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 1995, p. 60.

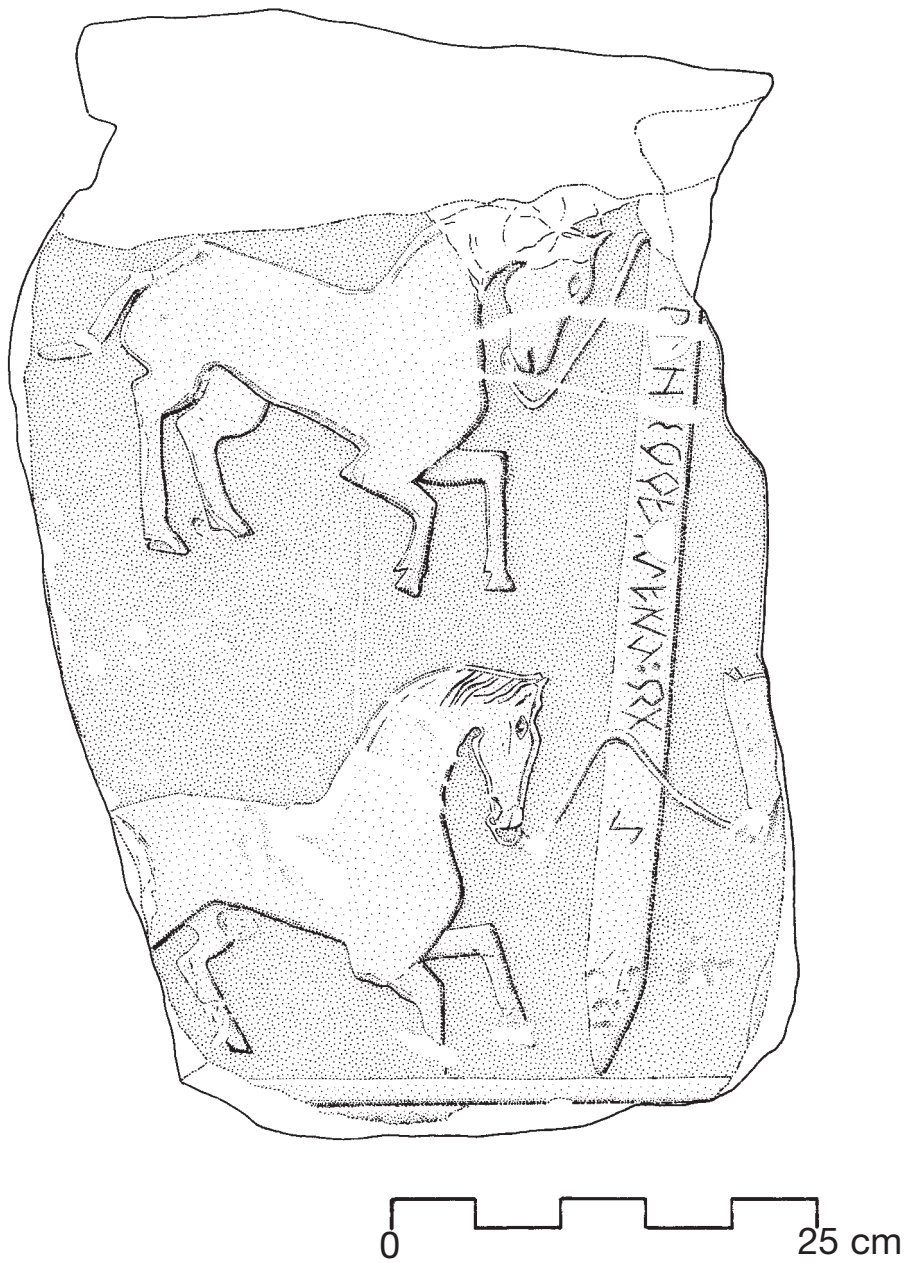


FIG. 3. Vista frontal del relieve n.º 2 (dibujo de Ramón Álvarez).

una silla³⁴, que indica una fuerza sobrenatural dominadora o protectora de los caballos, muy diferente a La Vispesa. Son muchas las citas que hablan de la importancia capital de los caballos entre los ilergetes, así como de su papel en las batallas contra los romanos, pero sólo nos extenderemos en una consideración: los 300 caballos que Escipión entregó a Indíbil después de *Baecula*, formando parte del presente que los convirtió en *reguli socii*³⁵, y que indicaría a las claras la apreciación del caballo entre el botín.

Los équidos de La Vispesa responden a los parámetros generales de la representación ibérica en soporte pintado sobre vasos: cuartos superiores de las patas cortos y extremos de tendencia larga. Sin embargo, hay un detalle que los distingue de la mayoría de representaciones: los extremos finales han sido realizados con trazo rectilíneo, cuando lo habitual es que sean más o menos curvados, detalle infinitamente apreciable en bóvidos, cánidos, cérvidos y, en general, todos los animales representados de diversas regiones. Los paralelos en la disposición de las extremidades rectilíneas se dan en la segunda estela incisa y con jinete lancero hallado en El Acampador (Caspé) y datada a mediados del siglo II a. C.³⁶, también en la estela de Palermo, de la misma localidad y en un fragmento cerámico pintado procedente del subsuelo del Ayuntamiento de Lleida, que data del siglo I a. C.³⁷. El corpus icónico al norte del río Ebro es todavía muy modesto y resulta prematuro proponer soluciones estilísticas regionales.

Volviendo al elemento vertical, éste contiene una inscripción incisa, que se lee de arriba a abajo. Los signos miden entre 3,5 y 4 cm. Antes de la restauración Untermann pudo leer³⁸:

[]biloské're*kieiki.beta**ki[

En la actualidad parece haber sufrido un cierto deterioro la parte superior, que afecta al signo inicial **bi**, algo borrado en su extremo final, y en particular al segundo signo **l**, que nosotros no hemos alcanzado a ver por coincidir con la zona de unión de los fragmentos, y que damos por perdido; afortunadamente Untermann lo recogió. El resto de signos, excepto el tercero, se conserva igual al momento de su estudio. Ese tercer signo constituye para nosotros un enigma, puesto que corresponde a un sector bien conservado de la inscripción, que en nada resultó afectado por la restauración. Se trata, desde luego, de la vocal **o**, pero no acertamos a ver la forma compleja, cerrada por arriba, que reproduce Untermann³⁹. Después de observarlo atentamente, descartamos una erosión posterior, y nos parece ver una solución «hachemorfa» con el tramo central inclinado.

34. AA.VV., *Los iberos, príncipes de...*, 1998, n. 208 del catálogo, con la bibliografía correspondiente.

35. Polib. 10, 40.

36. MARTÍN-BUENO, M. y PELLICER, M., «Nuevas estelas procedentes de Caspé (Zaragoza)», *Habis*, 10-11, Sevilla, 1979-80, fig. 2. Para la estela rematada en León los autores proponen una fecha de inicios de siglo II a.C. y, según consideraciones estilísticas, para la que nos ocupa, que es anepigráfica, una fecha algo posterior. Más recientemente se ha propuesto para la primera estela el siglo III a. C.: BELTRÁN LLORIS, M., 1996, *Los iberos en Aragón...*, p. 183.

37. JUNYENT, E. y PÉREZ ALMOGUERA, A., *El Museu de La Paeria*, Ajuntament de Lleida, 1983, p. 28.

38. *MLH III*, p. 177.

39. Untermann no da la letra por segura, indicando que quizás se trata de una «o» con una línea transversal cruzada, sobre la cual fue hecho un rectángulo de contornos redondeados y un claro perfil irregular, *MLH III*, D.12.2.

Recientemente se ha propuesto la *o* hachemorfa como el estándar de forma clásica, siendo las restantes formas más «adornadas» soluciones antiguas, que no parecen superar los inicios del siglo II a. C., en yacimientos tales como Tivissa, Liria, Orlely, Ullastret y Peña del Moro. J. Rodríguez Ramos afirma que «una excepción podría ser *o-5* si es que realmente aparece en la estela funeraria de Binéfar, y salvo si dicha inscripción fuese de inicios o primera mitad del siglo II»⁴⁰. Del examen directo de la inscripción podemos deducir que tal excepción puede descartarse, lo que confirmaría la hipótesis de Rodríguez Ramos.

De comparar ambas inscripciones entre sí, sale perdiendo D.12.2, mucho más simple que D.12.1. No obstante, las incisiones se han realizado con cierta profundidad —hoy deteriorada— y sin sobrepasar nunca el registro. El trazo de los signos presenta similitudes paleográficas entre los dos epígrafes, p.e. la resolución de cabeza redondeada de la *r* líquida *´r*, el final alargado de la *i*, el contorno serpentiforme de la *s*, *o*, según nuestra opinión, la resolución hachemorfa con travesañ inclinado de la *o*. Ambas inscripciones comparten el mismo horizonte epigráfico y nada autoriza a suponer que D.12.2 pueda ser más tardía. Para D.12.2, quizás al adaptarse a un registro muy estrecho, se desestimó una difícil ejecución en relieve, sólo factible para letras de gran tamaño, y se optó por la incisión. Aquí también la escritura se subordina, con claridad, a la imagen. Todas estas observaciones nos llevan a la pregunta de la datación.

Segunda propuesta: la datación paleográfica

En su día A. Beltrán ya reconoció el paralelo de la letra *ke* con las monedas más antiguas de *Tarraco*, pero consideró el detalle como un arcaísmo en La Vispesa, para concluir, un tanto sorprendentemente, que el epígrafe y el monumento debían datarse en la segunda mitad del siglo I a. C.⁴¹. F. Marco y V. Baldellou, después de analizar el problema con detalle y traer a consideración los materiales hallados en superficie, algunos altoimperiales, ampliaron el margen cronológico entre la segunda mitad del siglo II a. C. y el cambio de Era⁴².

La paleografía no es una ciencia exacta puesto que en el quehacer humano intervienen muchos factores, pero en el caso que nos ocupa, las evidencias se agolpan sobre la mesa. La *a-3* cerrada a media altura y redondeada, la *be* abierta en su extremo, la *´r-5* redondeada y con extremo inferior, la *s-3* curvada y, en especial la *ke-9* redondeada y con trazo central, o son todas antiguas, o corresponden a un estilo arcaizante en extremo. Todos estos signos encuentran eco en la inscripción sobre plomo de El Solaig (Betxí, Castellón)⁴³, un poblado ibérico de fase única, violentamente destruido por incendio en época indeterminada, pero anterior a 150 a. C. J. Rodríguez Ramos, después de comparar el plomo con las inscripciones de Liria, llega a la conclusión que, paleográficamente, cubre el lapso temporal entre 180 y

40. RODRÍGUEZ RAMOS, J., «Primeras observaciones para...», 1997, p. 16.

41. BELTRÁN, A., «La inscripción ibérica de Binéfar.», 1970, p. 522.

42. MARCO, F. y BALDELLOU, V., «El monumento ibérico de Binéfar...», 1976, p. 115.

43. *MLH III*, F.7.1, pp. 371-372.

150 a. C.⁴⁴ y se acerca más a la primera fecha. El texto de El Solaig, a pesar de su extensión, no contiene ninguna *o*, ni hachemorfa ni de otro tipo.

Carece de sentido seguir manteniendo una datación muy baja para La Vispesa, aunque comparta con los bronceos celtibéricos la *o* hachemorfa, porque le separa un abismo en la resolución de los restantes signos. Quizás nuestra propuesta, en este sentido, peque de arriesgada, pero igual que proponemos dar la vuelta a la iconografía, tal vez debamos hacer el mismo ejercicio mental con el concepto de «arcaizante» que pesa sobre La Vispesa. En su lugar deberíamos considerar que puede tratarse de una inscripción antigua y singular, quizás el más antiguo epígrafe ibérico largo de Aragón⁴⁵, que recibe fuertes influjos edetanos, mejor que del litoral catalán y que, paleográficamente, va a contener los elementos que más tarde se encontrarán en el mundo celtibérico, tanto en Botorrita como en Luzaga. Con un razonamiento así, los datos encajan mejor desde un punto de vista paleográfico y, por supuesto, histórico.

¿Hasta cuándo debemos remontar la inscripción? Existe una moneda guardada en la *Bibliothèque Nationale de France*, un *unicum*, que alterna metrología de dracma con tipología de denario, de excelente factura y con la leyenda *ilti' rke' sali' r-ban* acompañada del tema de jinete armado con escudo y lanza, sin paralelos entre la caballería ibérica, pero con fuertes semejanzas en modelos suritalicos. La pieza puede fecharse entre 195 y 180 a. C. Corresponde a *Ilitirka* y se ha propuesto a Tortosa como la mejor identificación⁴⁶; de ser cierto estaríamos dentro del valle del Ebro y tendríamos un referente en relieve, como es una moneda bien fechada, y donde la ejecución de la *´r* y la *a* encuentran sintonías con La Vispesa, mientras que la *ke*, la *ti*, e incluso el trazo desmesurado de la *i* no andan muy lejos. En cualquier caso, los denarios de *Ilitirka* que se fechan en el período 180-130 a. C. ya han adoptado la *r* de forma romboidal y corresponden a otro horizonte paleográfico. Son las monedas con lobo que se fechan a finales del siglo III a. C. las que contienen la *r* como en La Vispesa e, inclusive, la *i* desmesuradamente alargada⁴⁷. Y la *s* serpentina puede hallarse en la ceca oscense de *Sesars*, para la que se ha propuesto una cronología de mediados del siglo II a. C.⁴⁸. Este tipo de *s* constituye la variante *s-3* de Rodríguez Ramos que no parece sobrepasar el 175 ó el 150 a. C. descontada, una vez más, la supuesta posición arcaizante de La Vispesa⁴⁹.

En resumen, el monumento de La Vispesa posee todos los elementos para ser fechado en la primera mitad del siglo II a. C., en sentido amplio, y con mayor probabilidad en sus decenios iniciales que finales. Esta propuesta acerca el monumento al horizonte de la represión catoniana *o*, cuando menos, a la progresión romana

44. RODRÍGUEZ RAMOS, J., «Primeras observaciones para...», 1997, pp. 25-26 y cuadro en la p. 23.

45. BELTRÁN LLORIS, F., «La epigrafía como índice de aculturación en el valle medio del Ebro» (s. Ila.e.-Hd.e.), 1993; UNTERMANN, J. y VILLAR, F. (eds.): *Actas del V Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la península Ibérica*, Universidad de Salamanca, 1989, p. 247: «hasta la fecha no hay constancia de inscripciones sobre soporte duro anteriores al s. II a. C. en la cuenca media del valle del Ebro».

46. VILLARONGA, L., *Corpus Nummum Hispaniae ante Augusti Aetatem*, Madrid, 1994, n. 36,1. También AA.VV., *Los iberos príncipes de...*, 1998, n. 146 del catálogo y p. 281.

47. VILLARONGA, L., *Corpus Nummun...*, 1994, p. 176.

48. VILLARONGA, L., *Corpus Nummun...*, 1994, p. 209.

49. RODRÍGUEZ RAMOS, J., «Primeras observaciones para...», 1997, p. 18.

en el valle del Ebro que acontece en la primera mitad del siglo II a. C., y para la que no escasean las noticias de conflictos bélicos. El monumento sería también el vestigio arqueológico más antiguo por ahora localizado en La Vispesa, porque el comienzo del hábitat de su cima se fecha a finales del siglo II a. C., con una continuidad manifiesta en el primer tercio del siglo I a. C. y un decrecimiento, a juzgar por la presencia de las cerámicas, pasado el cambio de Era, aunque se prolonga hasta época julio-claudia y flavia⁵⁰. Debemos recordar que los relieves parece que fueron descubiertos en la base del cerro, seguramente ya desplazados de antiguo, por lo que su presencia en un yacimiento algo más tardío sería posible.

Tercera propuesta: la interpretación histórica

La singularidad del monumento condicionó, desde un principio, la finalidad del mismo⁵¹. Existían varias posibilidades, un monumento funerario colosal o un monumento religioso⁵², aislado o formando parte de algún edificio, para el que parecía existir un lejano eco en construcciones heroico-religiosas del sur de la Galia, argumento sin paralelos en la región.

De valorarse una finalidad religiosa debe admitirse que las escenas contenidas carecen de sentido astral, germinador, salutífero o cualquier otra abstracción cósmica. Armas, guerreros, caballos, manos cortadas y cuerpos mutilados remiten a un simbolismo militar rotundo. La única posibilidad religiosa es que estuviera dedicado al dios de la guerra. Esa posición ya fue brillantemente argumentada en su día por A. Beltrán⁵³ y después ampliada por F. Marco y V. Baldellou⁵⁴. La clarísima lectura de **neitin** en el epígrafe incluso permitía ponerlo en relación con la mención del dios de la guerra *Neto* de las fuentes literarias⁵⁵.

No obstante, esa asociación no deja de ser una suposición de afinidad fonética que en ningún caso ha podido confirmarse. Que el nombre personal **Neitin** nada tenía que ver con la deidad ya lo sospechaba J. Siles⁵⁶, debido a la presencia de un **Neitimbeles**⁵⁷ en una inscripción de Tarrasa, de un **Neitiniunstir** en un *rython* de Ullastret⁵⁸ y de un **Neitikeru** en el plomo 3309 hallado asimismo en Ullastret⁵⁹. Se

50. DOMÍNGUEZ, A. y MAESTRO, M.ª E., «Contribución al estudio...», 1987, p. 166.

51. «No puede considerarse estela en modo alguno», MARTÍN-BUENO, M. y PELLICER, M., «Nuevas estelas...», 1979-80, p. 416.

52. Definido como un «monumento conmemorativo religioso» BELTRÁN LLORIS, M., «Fenicios, griegos e iberos», en CANELLAS, Á. (dir.): *Aragón en su Historia*, Caja de Ahorros de la Inmaculada, Zaragoza, 1980, p. 51.

53. BELTRÁN, A., «La inscripción ibérica de Binéfar...», 1970, p. 518: «no necesariamente sepulcral».

54. MARCO, F. y BALDELLOU, V., «El monumento ibérico de Binéfar...», 1976, p. 115.

55. MARCO, F. y BALDELLOU, V., «El monumento ibérico de Binéfar...», 1976, pp. 108-109; SOPEÑA, G., *Dioses, ética y...*, 1987, p. 48.

56. SILES, J., *Léxico...*, 1985, p. 270.

57. *CIL II*, 6144 = IRC 73: TITINIAE P(ubli) F(iliae)/ BASTOGAVNINI/ M(arcus) LICINIVS/ NEITIMBELES/ CONIVGI. Por sus características paleográficas debe considerarse el epitafio más antiguo de *Egara*, a más tardar de época de Augusto o quizás del final del período republicano. Fabre, G.; Mayer, M.; Rodà, I., *Inscriptions romaines de Catalogne I*, Boccard, París, 1984.

58. *MLH III*, C.2.8.

59. *MLH III*, C.2.3.

trata de un nombre personal ibérico muy difundido por el nordeste peninsular. Por si quedaban dudas, en 1994 apareció una lápida en Guissona (Lleida) donde se puede leer *neitinke/ subake · e · n · tako*⁶⁰, que viene a reforzar, aún más, la suposición de *Neitin* como nombre personal.

Cuando apareció el monumento flotaba en el ambiente intelectual de la época, la belicosidad de las tribus prerromanas del valle del Ebro, el monumento sería su prueba arqueológica. Dos décadas después avanza a pasos de gigante la percepción de un mundo gobernado por elites aristocráticas, causante de una exaltación militar para la que, desde cierto momento, Roma toleraría las monedas con lettero ibérico, cabeza masculina de héroe y jinete⁶¹. La interpretación funeraria ha ido ganando adeptos en los últimos años, a pesar de recientes defensores de la posibilidad religiosa⁶² y los relieves han pasado a definirse como un «monumento con simbología funeraria»⁶³. La singularidad de la señal funeraria de La Vispesa es tal que no encuentra sitio en los esquemas clasificatorios más recientes, puesto que supera en mucho a una lápida convencional⁶⁴, pero viene a ser algo así como una estela colosal, un monumento en el sentido literal de la palabra, propio de un notable aristócrata local. Podemos resumir esa idea citando textualmente a Francisco Beltrán Lloris, quien ya la había formulado, antes incluso de conocer el *Neitinke* de Guissona: «nos encontraríamos ante las tumbas de miembros de las elites locales, que bajo pleno dominio romano, se autorrepresentan como guerreros»⁶⁵.

Conclusiones

Las observaciones del monumento ibérico de La Vispesa nos permiten cuestionar la orientación tradicional y, en su lugar, proponer una restitución que suponga, para el relieve principal, un giro de 180° respecto a su presentación tradicional. Con ello recobran su posición natural la inscripción central, las manos cortadas, el supuesto grifo —que a su vez es cuestionado como un buitres captado con gran viveza— y lo que parece intuirse como el extremo de un guerrero armado con escudo y blandiendo una lanza o jabalina. De esta forma, la inscripción vertical pasa a leerse de arriba a abajo, y no es tan segura su comprensión seguida, pudiendo estar

60. GUITART, J. y PERA, J., «Noticia preliminar sobre una inscripción ibérica trobada a Guissona (Lleida)», *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 4, Lleida, 1994, pp. 261-262.
61. ALMAGRO GORBEA, M., *Ideología y poder en Tartessos y el mundo ibérico*, Real Academia de la Historia, Madrid, 1996, pp. 118-128.
62. DOMÍNGUEZ, A. y MAESTRO, M.E., *La Vispesa, foco de...*, 1994, p. 15. Destacan los restos constructivos «y a falta de otras pruebas arqueológicas más concluyentes creemos que resulta difícil seguir manteniendo la vinculación de la 'estela' con el mundo funerario. Quizás formaría parte de un edificio singular de época ibérica, posiblemente de tipo religioso».
63. BURILLO, F., *Los iberos en Aragón...*, 2000, p. 60.
64. IZQUIERDO, I. y ARASA, F., «La imagen de la memoria. Antecedentes, tipología e iconografía de las estelas de época ibérica», *Archivo de Prehistoria Levantina*, XXIII, Valencia, 1999, pp. 259-299. Los autores consideran las estelas en sentido estricto.
65. BELTRÁN LLORIS, F., «La escritura en la frontera. Inscripciones y cultura epigráfica en el valle medio del Ebro», *Roma y el nacimiento de la cultura epigráfica en Occidente*, 1992, Inst. «Fernando el Católico», Zaragoza, 1995, p. 178.

subordinada a la inscripción central. El sentido visual del monumento es progresivo, y va de la parte inferior a la superior.

El segundo relieve, con temática de caballos, no aporta novedades significativas, excepto la posible corrección de forma —que no de contenido— de la tercera letra de su inscripción. En nuestra opinión, este relieve pudo formar parte de la cara posterior del monumento. Haciendo un ejercicio de abstracción, tendríamos la temática del desfile o mejor del combate en la cara inferior central, la del campo de batalla con cadáveres y amputaciones en el registro inmediatamente superior; la contemplación lateral recordaría las manos cortadas y, quizás, en uno de los registros posteriores se evocarían —¿mediante armas?— y caballos, los elementos que sustentan el poder del aristócrata o, quizás, el botín obtenido en el combate.

Frente a las dataciones excesivamente bajas, de segunda mitad del siglo II a. C. al cambio de Era que se venían proponiendo y, a pesar de la imprecisión de un análisis paleográfico, los paralelos más directos nos remiten a un ambiente que, si supera el prejuicio arcaizante, nos lleva inequívocamente a la primera mitad del siglo II a. C. Esos mismos paralelos apuntan a fuertes influencias del mundo edetano, a inscripciones castellonenses y a alguna dracma ibérica antigua, para la que se ha propuesto una ubicación en el Bajo Ebro y, también, entre las monedas más antiguas de *Kese*, *Iltirta* y *Sesars*. Apurando las dataciones, se puede sugerir su mejor ubicación a comienzos que a finales de ese período. Ello convertiría a las inscripciones de La Vispesa en las más antiguas de Aragón, a excepción, naturalmente, de las realizadas sobre soportes importados. Desde un punto de vista histórico las elites ilergetas aparecen proyectadas en toda su viveza, propia del horizonte de la conquista romana o inmediatamente posterior, con una obsesiva exaltación militar, osada incluso en el hecho de experimentar recursos técnicos como el relieve, propios de la aparición de las primeras monedas y que no van a gozar después de mucho éxito en la región, al menos en el estado actual de los conocimientos.

En definitiva, estaríamos delante de un monumento genuinamente ibérico, donde la inscripción es todavía subsidiaria respecto a la iconografía, y no en la baja época, representada por estelas que, como la de Fraga⁶⁶, son en realidad inscripciones conceptualmente romanas escritas en ibérico. El cambio de cronología permite entender mejor su «rareza»; frente a las numerosas estelas ibéricas posteriores, pues contamos con muy pocos referentes funerarios de este tipo, con una inversión de esfuerzo muy acentuada. En estas circunstancias y, por lo que sabemos y cada día vamos entendiendo mejor a la luz de nuevos descubrimientos, el sentido funerario relacionado con las aristocracias locales parece imponerse en detrimento de supuestas consideraciones de tipo religioso. ¿Qué efecto debía de producir su contemplación cuando estaba completa e instalada en su lugar de origen? Sin duda, en medio de toda la crudeza visual reflejada, la inmediatez de su lenguaje conseguía transmitir un mensaje: la evocación de las gestas, grabadas para ser vistas, escritas para ser leídas, plasmadas en un gran soporte para ser recordadas. Lo conservado, aun siendo poco, no deja de ser impresionante.

66. GARCÉS, I., «La estela ibérica de El Pilaret de Santa Quitèria (Fraga, Huesca). Una revisión a los cien años de su descubrimiento», *Kalathos*, 15, Teruel, 1996, pp. 35-55.